



LA BALA DEL RECUERDO

Marta Ramírez

LA BALA DEL RECUERDO



Primera edición: enero de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marta Ramírez

ISBN: 978-84-10082-66-3

ISBN digital: 978-84-10082-67-0

Depósito legal: M-2032-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Querido lector si se refugia en versos
para sentirse a salvo,
por favor,
abra la puerta,
pase la página
y entre.*

Abí fuera hace frío.

PRÓLOGO:

EL LATIDO DE LA PALABRA

Hay que reunir mucha madurez en tanta juventud para apelar al recuerdo en el umbral del futuro, para apuntar con una bala tan llena de vida —como la poesía— al blanco nostálgico de la memoria. En ese sentido la «insultantemente» joven poeta Marta Ramírez expresa mejor que nadie la consabida apelación etimológica del significado del verbo recordar, es decir, «volver a pasar por el corazón».

Este poemario constituye una puerta de entrada para resguardarse del frío y otra de salida para resguardarse del amor con membrete. Por ello Marta se agarra al dicho hegeliano de que «Amar es dejar de ser para ser más», lo más aproximado al amor absoluto. Los versos están iluminados por la mirada de lo cotidiano, la rabia de lo inesperado y, sobre todo, por la posibilidad de lo que ha de venir.

Quienes tuvimos la suerte de estar con Marta en un espacio conocemos también su capacidad de atravesar esos lugares físicos sin necesidad de irse de ellos y, además, de anunciarlo a través de su sonrisa, que ahora traslada al papel con una frescura tan propia de su juventud, pero con una determinación poco común para su corto recorrido

vital. Para ella es muy fácil vivir en un lugar y, a la vez, habitar en la memoria.

Preparen el corazón para recibir esta bala llena de vida. La autora ya anuncia en sus propios versos que está hecha de los trozos de pintura que se caen / de los huecos en las paredes y, efectivamente, es capaz de rehacernos dándole a la poesía el sentido que tiene como defensa del silencio en el que se está, en este caso, un silencio lleno de armonía y pasión. Y no lo hace solo en defensa propia, sino que consigue pasarnos por el centro del latido de sus palabras sobre las que, necesariamente, deberemos regresar.

Si el mundo entero / te hubiese escuchado cantar esa noche / se hubieran acabado las guerras, dice Marta Ramírez, llenando de esperanza un futuro cargado de verbos y adjetivos que ya estarán agrupándose en su intensa mirada, capaz de imaginar los versos que aguardan tras las puertas que la escritura irá abriendo.

LUIS ALFONSO IGLESIAS HUELGA

NOTA DE LA AUTORA

Esto no es un libro,
esta soy yo,
que nunca obedecí a corbatas, que nunca entendí de
métrica, que nunca conté sílabas ni supe de rimas, que
nunca me aprendí poemas de memoria, que nunca fui pi-
rata ni quise ser conocida del uno al otro confín, que nun-
ca escribí los versos más tristes ni callé para gustar a nadie,
que nunca hablé de Castilla.

Esto no es un libro,
esta soy yo,
que nunca supe ser poeta.



CAPÍTULO I
LA RECÁMARA

A flor de verso.

Cualquier parecido con la realidad
es puro sentimiento.

WESTERN

Antes del disparo ya olía a despedida,
a la mezcla de incertidumbre y certeza
que precede al dolor.

Antes de que disparases,
de que convirtieras en imposible
todo lo que un día pudo ser,
de tentar a la pólvora,
ya te miraba con los ojos de quien teme
acordarse de alguien durante toda la vida.

Al fin y al cabo fuimos una película Western,
un duelo del Oeste,
dos pistolas que no conocían otra cosa
que no fuera muerte.

No es que disparases antes,
es que yo esperé a que no lo hicieras,
es que yo tiré el arma al suelo
con la esperanza de que tú te rindieras después.

Y eso fue morir,
el fin anticipado,
la premeditación de una mirada que insiste en el duelo,
una bala en el aire volando directa a mi pecho.

PÓLVORA

Llevo dos días durmiendo con la sudadera
que dejaste en mi casa
la noche en la que decidiste
soltarme de la mano,
despedirte de mi abrazo
y abandonarme a la suerte
como quien lanza una moneda al aire
y cruza los dedos para que caiga de canto.

Es curioso,
desde entonces te echo de menos,
pero sin embargo,
reconozco que estoy mejor sin ti.

Retrocedo hasta el momento
en el que fui consciente
de que una cerilla mojada
nunca más podría incendiarse.

Quizá si lo hubiera sabido antes
no habría pasado tanto tiempo
creyendo en las segundas oportunidades.

Quizá si hubiera vuelto a la escena del crimen
habría deducido
que el revólver que escondíamos entre los dientes
tan solo nos sirvió para matar las ganas.

Quizá si hubiera entendido
que tu pólvora estaba mojada
habría sabido que ya era demasiado tarde
como para volver a empezar de nuevo.

LO QUE NO TIENE NOMBRE

Pienso que vas a volver
como si alguna vez hubieras estado,
como si tú y yo hubiéramos sido algo más
que todo aquello que no supimos nombrar.

Escribo despedidas desde que te conocí
porque pensé que así estaría preparada
para el día en que te viera marchar,

pero ahora no sé dónde estás
y yo te sigo esperando en el mismo lugar
porque de pequeña me dijeron
que si me perdía debía quedarme quieta
para que fuera más fácil poderme encontrar.

Pero tú no vienes,
y yo miro a mi alrededor
y no te encuentro

o tú no me buscas

y entonces pienso que no hay grieta
por la que poder escapar;

que este amor tenía fecha de caducidad,
que todo lo que te quiero decir
nunca lo sabrás
porque lo que no tiene nombre no existe
y tú, cobarde,
nunca te sentaste a escuchar.